

Grupo de trabajo y de supuesto básico en niños callejeros

Cecilia Muñoz Vila

Hace cerca de treinta años que con Ximena Pachón realizamos el estudio de los “gamines” o niños callejeros en Bogotá. Este estudio que fue publicado por Carlos Valencia Editores en 1980 recogía los testimonios de estos niños sobre la forma en que vivían en la familia, en la calle y en las instituciones. A través de esta investigación buscábamos describir ese mundo desconocido con el que nos tropezábamos diariamente en la calle y establecer su vinculación con la situación de pobreza en la que vivían muchas familias en los cordones de miseria de la ciudad. Hoy, después de treinta años el documento publicado conserva un valor histórico sobre la vida de los niños en la ciudad de Bogotá y hace parte del estudio realizado con Ximena Pachón sobre la vida de los niños en la ciudad de Bogotá a lo largo del siglo XX. En los últimos años siempre había querido volver a revisar ese material testimonial que aún resuena en mi memoria como vivencia propia para explorar la manera como los niños funcionaban en las instituciones de pertenencia y el reflejo que el estado mental daba sobre la tonalidad emocional de las narraciones testimoniales de los niños entrevistados.

La primera pregunta que me surge al explorar el material es si se puede abordar con unas herramientas conceptuales diseñadas para enfrentarse al material clínico un material recogido en entrevistas abiertas, individuales o colectivas, en las que se exploraban las condiciones de vida de los niños y algunos elementos de su historia. Es indudable que la manera como se describen la propia historia y la realidad en que se vive son construcciones mentales detrás de las cuales están inmersos patrones culturales (costumbres, normas y valores) incorporados en la realidad psíquica a través de un complejo proceso de introyecciones, proyecciones, negaciones, regresiones, escisiones e identificaciones que generan escenarios, escenas y personajes mentales que se reflejan en la atmósfera y los tonos emocionales que adquieren las imágenes construidas por esos pequeños cuenteros sobre sus vivencias en la familia, en la calle, en las instituciones y en el trabajo.

Tanto Bion (1992) como Meltzer (1999) nos alertan sobre la necesidad de enfrentar las narraciones de vida cotidiana que los pacientes traen a consulta como si fueran sueños para no perdernos en el torrente de palabras que nos envuelve y arrastra hacia el mundo del afuera. Pensé que tal vez era posible leer los testimonios de los niños como si fueran cuentos infantiles o pedazos de sueños vividos por ellos

hace muchos años que podían darnos luces para entender el funcionamiento de la mente individual y grupal a la manera de un campo de observación nuevo.

Qué función cumple el individuo para el grupo y el grupo para el individuo fue una de las preguntas que se hizo Bion (1961) en su trabajo sobre los grupos terapéuticos a partir de los cuales elaboró su teoría sobre la presencia de algunos supuestos básicos que como parte de la cultura grupal contribuyen a asegurar la supervivencia del grupo y permiten la permanencia de los individuos en el mismo. Las condiciones de observación de estos grupos terapéuticos en medio de hospitales psiquiátricos le permitió observar tres tipos de supuestos básicos: “lucha y fuga” que requiere de la presencia de un enemigo, de la primacía de un líder paranoico y de la vigencia del odio y la hostilidad como sentimientos predominantes; el de “apareamiento” que aparece con el intento de crear una o varias parejas, donde el liderazgo queda ubicado en el futuro y en el que predominan los sentimientos de amor y esperanza mesiánica; el de “dependencia” donde surge un líder de tendencia paternal y religiosa que guía y genera seguridad en los miembros pero a la vez temor y resentimiento por el sometimiento que exige de sus miembros. Bion manifestó, en varias oportunidades, que estos eran apenas algunos de los supuestos básicos alrededor de los cuales se aglutinan los grupos y adquieren temporalmente condiciones de cohesión.

Es claro que las características del campo de observación limitan necesariamente los descubrimientos sobre el objeto de observación y su entorno. Realidad ésta que Bion reconocía claramente y que posiblemente lo llevó a hacer su comentario sobre la cualidad parcial de sus hallazgos sobre los supuestos básicos en los grupos. Es posible que con un nuevo campo de observación surjan nuevos supuestos básicos. Es esto lo que intento explorar con este trabajo.

Bion: supuestos básicos y sistema protomental

El estudio de los grupos humanos, desde la Sociología, la Antropología y la Psicología Social tiene su primer momento de expansión entre los años treinta y cincuenta. Como efecto de reflexiones sobre el funcionar del individuo en la guerra, en las comunidades primitivas, en las pequeñas unidades de producción dentro de las empresas, en las pandillas callejeras, se abre un nuevo campo de observación interesado en el estudio del funcionamiento de los individuos dentro del grupo, del efecto que sobre la estructura del grupo pueden tener las personalidades de quienes los conforman y del papel que el entorno juega en la conformación del grupo. Bion (1961) no se quedó al margen de esta tendencia y pasó de la observación de un pabellón grande a la realización de experimentos en el sector de rehabilitación de un hospital psiquiátrico militar donde trabajaba con

pacientes que padecían “neurosis de guerra”. Allí se crearon primero grupos de entrenamiento y grupos libres y posteriormente grupos terapéuticos cuyo comportamiento observó.

En su trabajo de *Experiencias en Grupos*, Bion (1961) describe detalladamente, en lo que podríamos llamar su diario de campo, lo que sucede en las sesiones grupales. Señala no solo sus intervenciones sino las reacciones de los miembros a sus movimientos, ansiedades, resentimientos y sus intentos de solución a estas molestias así como las fuerzas emocionales poderosas que se mueven detrás de las reacciones de los miembros del grupo. Allí consigna lo que él dice y hace pero también lo que el grupo cree que él dice y hace. Señala el carácter impertinente e inadecuado de sus interpretaciones sobre la conducta del grupo así como el de las interpretaciones del grupo sobre su conducta, eventos que considera merecen ser estudiados.

A partir de la revisión de lo sucedido en los grupos y del descubrimiento de la situación emocional “tensa y confusa” en ellos, resalta Bion (1961) tres conceptos esenciales en el funcionamiento de los grupos: la *mentalidad grupal* (voluntad y funcionamiento en equipo con un objetivo común y límites claros), la *cultura del grupo* (estructura, tareas que realiza y organización que adopta) y las *necesidades individuales* de sus miembros (logradas o dificultadas a través del grupo) que permiten entender las tensiones que se generan en ellos. Observa concretamente la existencia de una cultura grupal que se constituye bajo tres supuestos básicos: el apareamiento de una pareja, lucha contra el enemigo que ponga en peligro el grupo o fuga para no enfrentarlo y proteger al grupo y dependencia de un miembro como elemento de seguridad en la permanencia del grupo. A partir de los supuestos se constituyen tres estructuras grupales: el grupo de dependencia, el de ataque y fuga y el de apareamiento.

Para Bion (1961) cada grupo de supuesto básico tiene su propio conjunto de ideas y emociones que se originan en el estado emocional de los miembros del grupo. *Es el estado emocional del grupo el que da origen a la aparición de los supuestos básicos y no a la inversa.* El grupo de dependencia se caracteriza por “el predominio de una persona” en la cual los miembros delegan su cuidado y esperan la solución de sus problemas. Temen estar lejos del líder y existen a su lado con un sentimiento de recibir mucho y dar muy poco o casi nada. En el grupo se construyen imágenes y creencias que mantienen la dependencia mágica hacia ese líder-mago al que se le tiene “devoción y adoración” o “reverente temor”. Es un grupo donde se acepta el dogma y se persiguen las herejías. Bajo este grupo de supuesto básico no se logra ni el desarrollo individual ni el grupal, tan solo seguridad en la omnipotencia y omnisciencia del líder, con constantes sentimientos de “inadecuación” y “frustración”. El grupo de “apareamiento” o “emparejamiento” es un grupo en que las dificultades presentes se enfrentan con imágenes idealizadas de mejoría futura, allí hay una “atmósfera de expectación

llena de promesas”, donde una “mejoría”, una “revolución”, una “nueva clase de comunidad” una “nueva idea” son expectativas que alivian. La esperanza, el amor y la reconstrucción son los sentimientos que predominan, así como la ilusión de la llegada de un salvador o de una idea que resolverá todos los problemas. Es la expectativa lo que predomina pues si el salvador o la idea se concretan, el grupo se orienta de nuevo a recuperar la “esperanza mesiánica” o crear una nueva. El grupo de ataque y fuga se caracteriza por el predominio de los sentimientos de odio, destrucción y desesperación. Este grupo requiere de un líder que les permita “agredir” o “escapar” del enemigo, que los cohesione y organice para lograrlo. Estas dos estrategias son alternantes, no simultáneas, o hay ataque o hay fuga..

En estos tres grupos no es necesario ningún “entrenamiento”, ni “experiencia”, ni “madurez mental”, solo se necesita la llamada “valencia” o capacidad para combinarse de manera espontánea. En ellos la cooperación no es necesaria y la actividad intelectual es muy reducida. El tiempo no tiene “una función mental” reconocida y cuando aparece se vuelve persecutorio. Aunque las emociones de “ansiedad, temor, odio, amor y otros similares” son comunes a los tres grupos, en cada uno de los supuestos básicos adquieren una cualidad diferente. Cualidad que varía también en cuanto al líder, que en el grupo de dependencia puede remplazarse por la “historia del grupo”, en el de apareamiento por una idea o un objeto inanimado y en el de ataque y fuga por una “biblia” inalterable. Como la comprensión y el desarrollo no son necesidades básicas en estos grupos, cualquier “actitud inquisitiva” sobre el funcionamiento del grupo o del líder genera ansiedades de intensidad similar a las esquizoparanoideas (“escisión e identificación proyecta”) descritas por Klein (1946) contra las que hay que defenderse y la defensa no es otra que el paso a otro supuesto básico. La ansiedad psicótica (“similar a la de objeto parcial presente en el Edipo temprano”) lleva al apareamiento, a buscar aliados para defenderse, pero si la ansiedad crece y el grupo se llena de odio inicia ataques destructivos contra el enemigo (“a la manera de una escena primaria primitiva, sádica”)

Opone estos grupos de supuesto básico al “sofisticado”, “científico”, “grupo de trabajo” en el que se aceptan las penurias y dificultades de la evolución y se intenta aprender de la experiencia. Este grupo le teme a la explosión de sentimientos de los supuestos básicos. Valora la idea de “desarrollo” y el “enfoque racional” o “científico” de los problemas. Moviliza “el vigor y la vitalidad” de los miembros, permite captar la realidad y hace necesario el uso de “la verdad” como “criterio de evaluación de sus hallazgos”. Usa la “cooperación” como forma de relación entre sus miembros para la realización de la tarea elegida de manera voluntaria y acorde con las capacidades de cada uno de sus miembros. Demuestra un gran interés por la realidad y emplea los métodos científicos, rudimentarios o sofisticados en búsqueda de la verdad. Su grado de organización está en relación inversa con el

predominio de los supuestos básicos. En el grupo de trabajo predomina la elaboración simbólica y un uso preciso y amplio del lenguaje, que hace de la comprensión una necesidad que requiere tiempo y esfuerzo.

En ciertos momentos, sin embargo, en el grupo de trabajo se movilizan ciertas emociones que pueden obstaculizar o favorecer su funcionamiento y surgen los supuestos básicos que se combinan uno a uno con el grupo de trabajo y pueden variar fácilmente o mantenerse estables. Cuando se agudizan los problemas y la solución a los problemas no fluye fácilmente, aparece el supuesto de dependencia, con el predominio de la omnipotencia y omnisciencia puesta en un miembro del grupo que queda en posición de deidad religiosa, de persona que resuelve todos los problemas y se preocupa por el bienestar de todos los miembros, o en la biblia del grupo que define sin apelación las normas del funcionamiento grupal y sanciona las transgresiones. El líder es quien nutre y protege al grupo, pero en algunos momentos puede darse un fenómeno de reversión en el funcionamiento y el líder omnipotente y omnisciente puede convertirse en un ser “necesitado”, “enfermo”, “loco” al que el grupo cuida y protege y luego una nueva reversión convirtiéndolo en el genio salvador. Cuando aparece el supuesto básico de apareamiento es porque en el quiebre del grupo de trabajo ha predominado un sentimiento de “frustración y aburrimiento” que se supera mediante un sentimiento de “esperanzadoras promesas”, cuya reversión sería no la esperanza mesiánica sino el apocalipsis que se acerca y con los sentimientos que esto genera aparece el grupo de ataque y fuga, cuyo líder define la salida del apocalipsis mediante la lucha o la huida de nuevo hacia la esperanza mesiánica.

Cuando, como sucede siempre, el grupo de trabajo se une a uno de los supuestos básicos, los otros supuestos básicos que no están operando y sus emociones quedan en estado “protomental”, estado indiferenciado entre lo mental y lo físico, que genera a su vez nuevos estados emocionales de temor, seguridad, depresión, rabia, exaltación, sexo que impregnan y dominan “la vida mental del grupo” y “enferman los miembros del grupo”. Bion (1961) considera que las ideas de supuesto básico y el sistema protomental podrían utilizarse para entender algunas enfermedades físicas o psicosomáticas, pero también algunos fenómenos psicosociales como delitos del individuo o del grupo, perturbaciones en el manejo del dinero o perturbaciones en el manejo del tiempo y del espacio. Plantea la posibilidad de explorar los hechos mentales del individuo, de los pequeños grupos, de las instituciones e inclusive de las naciones a la luz de los supuestos básicos y del sistema protomental latente.

Niños callejeros: Supuestos básicos y estado protomental

El campo de observación elegido para establecer las características de las relaciones entre los individuos y los grupos de

supervivencia de los niños de la calle son las narraciones producto de las entrevistas y de los períodos de observación en las galladas donde sobreviven cuando habitan la calle, en las instituciones que los acogen temporalmente y en las familia de las cuales se alejan pero a las que regresan cada tanto, en ese ir y venir de estos niños “migrantes y recolectores de cosechas urbanas”. En este campo me ubico claramente en la posición de observador de segundo grado, sin desconocer que a través de las vivencias pasadas me llegan imágenes del observador de primer grado que fui hace treinta años.

Las galladas

Cuando en los años setenta hicimos el estudio de los “gamines” encontramos que en la ciudad había muchas galladas. Algunas de ellas como la gallada de los Chulos, la del Puno, la de los Ratones adquirían este nombre en honor al jefe que las dirigía y otras como la de la Veinte, la Bolivariana, la de la Décima, la de San Victorino tomaban su nombre del territorio que dominaban las galladas. La zonificación de las galladas nos permitió descubrir que había zonas en la ciudad de productividad permanente (alrededor de centros de trabajo y alto movimiento de gente), otras de productividad cíclica (alrededor de áreas recreativas) y las esporádicas que surgían de un momento a otro por un evento fortuito (accidente o manifestación). La estructura y la organización de los grupos dependía del entorno en que se movían. Las zonas de productividad permanente o cíclica estaban ocupadas por galladas organizadas con grupos de 20 a 25 personas entre niños y jóvenes, en grupos con estructura y formas de organización complejas, con líderes cuyas edades eran superiores a los quince años, que organizaban y realizaban actividades especializadas en grupos de tres a cinco miembros. Estos grupos tenían una estructura de poder diferenciada, con uno o dos jefes, con guardaespaldas y con jefes delegados. Llevaban a cabo actividades diferenciadas con un cuerpo de defensa y vigilancia de la zona: un grupo dedicado a las transacciones de lo robado con los reducidos conformado por los líderes mayores, un equipo dedicado al robo, con subgrupos especializados en formas diferentes de robo entre los niños mayores y en formas de limosna y repele entre los mas pequeños. Estaba regidos por un sistema de normas y sanciones rígido que impedía que los intereses individuales predominaran sobre los del grupo.

En las zonas menos productivas los grupos eran menos estables, surgían circunstancialmente, carecían de especialización en sus actividades, tenían estructuras de poder difusas y un sistema de normas y sanciones casi inexistente. Estas galladas no organizadas eran inestables, tenían rotación alta en sus miembros y fácilmente se disolvían en pares o en individuos aislados. La autoridad era casi inexistente y el ejercicio de la cohesión grupal era fácilmente atacado, ni el individuo podía proteger al grupo ni éste al individuo. La actividad

estaba orientada a la adquisición de recursos cuyo hallazgo surgía de manera impredecible. En las zonas de productividad esporádica la actividad era de tipo individual e improvisada, sin acción planificada ni específica. Cuando la actividad surgía de vez en cuando su aprovechamiento era individual o en pares, pero cuando era recurrente podía ser fácilmente controlada por una gallada organizada, siempre y cuando no hubiera, en ese momento, mucho control policial.

Cuando variaban las condiciones de una zona y ésta se hacía menos productiva porque la entrada de la autoridad hacía difícil “trabajar”, los grupos modificaban su manera de funcionar, rompiéndose en subgrupos más pequeños o se alejaban por un tiempo de la zona. Cuando se incrementaba la disponibilidad de recursos se establecían alianzas entre las galladas para aprovechar las grandes cosechas urbanas. La conquista y el mantenimiento de una zona dependía del poder real de cada grupo y la zonificación reflejaba un sistema de estratificación complejo de los grupos delictivos en la ciudad.

La supervivencia en la gallada comenzaba con la limosna en dinero, el “repele” o limosna de comida, y la “contrata” que era una forma estable de repele. Estas eran las actividades realizadas por los mas pequeños de la gallada por cuanto no requería de ningún grado de capacitación. A través de la limosna lograban algunos centavos, con el repelen obtenían sobras de comida como arroz inflado con agua, pan viejo, pedazos de papas, que los donantes entregaban envueltas en papel periódico o dentro de tarros de galletas viejas que ellos mismos llevaban y con la contrata obtenían comida o ropa vieja. Mila (7 años) a quien acompañamos un día en su vagabundeo nos hizo esperarlo mientras entraba a la casa donde decía: “me dan ropita vieja para cambiarme” o “ese señor siempre nos guarda los dulces rotos y nos los regala”. Pero repelar tenía peligros: podían darles comida con vinagre, o cogerlos y adueñarse de ellos para ponerlos a trabajar o pedir limosna para un grande. El Chulo (14 años) nos explicaba que a veces comían en restaurantes donde les guardaban la comida que sobraba o les sacaban olladas de comida para no desperdiciarla. El trabajo esporádico o permanente durante un tiempo corto era otra forma de supervivencia de los niños callejeros. Lo hacían de manera individual y solían terminarlo con un robo antes de fugarse. El trabajo era usado en tiempos de escasez para sobrevivir fuera de la gallada.

El robo era el segundo paso en la cadena de supervivencia. “El chino Ismael robaba por ahí biscochos, helados y toda esa vaina. Una vez se puso a andar con un tal Negro, y el chino lo invitó a robar y ese día se robaron como mil pesos entre juntos, y el chino Ismael ahorro ese día quinientos y todos los días me invitaba a cine...y todos los días no quedábamos en la calle con hartos chinos,” nos contaba el Muñeco (12 años) El robo adquiría formas variadas con logros crecientes y riesgos mayores a medida que se avanzaba desde el “abataneo” y “raponeo”, individual o en pareja, de objetos como carteras, medallas, relojes o

paquetes, al “desvalijamiento” o robo de partes de carros y “estucheo” o robo de los paquetes y herramientas guardadas en los carros, al “apartamenteo” o ingreso a locales, almacenes o casas para robar de manera premeditada y en grupo, con uso de instrumentos cada vez más sofisticados y estructuras de vigilancia más elaboradas. “En los carros sacamos los gatos, y lo que a veces llevan en las gavetas: un radio, y eso es el estucheo; en la gallada casi todos hacíamos estucheo. A mi me enseñó...el jefe de la gallada; fue que un día me dijo: ‘Abrame este baul’ y entonces él nos dijo: ‘Así es como se abre esto’. Y así fui aprendiendo... Pal estucheo mandamos hacer llaves o con estornillador; metemos el estornillador por una orilla de la ventanilla chiquita, la que lleva adelante, le espichamos botón y se abre el vidrio grande. La puerta no la abrimos, porque suena la alarma...Uno va solo a totiar la ventanilla. Ya cuando esta totiada llegan dos o tres y los otros hacen zonas... (Gustavo 13 años)

A medida que se avanzaba en la complejidad del robo, los procesos de aprendizaje se hacían más largos y sofisticados y la supervisión sobre lo obtenido era más estricta. Era bajo este dominio que los grupos de niños callejeros funcionaban como grupos de trabajo, con objetivos específicos, con tareas diferenciadas y adecuadas a sus capacidades, con sistema de aprendizaje de las formas “científicas” probadas como útiles para el objetivo que se proponían y que habían sido reglamentadas por el líder que acompañaba y regía al grupo de trabajo bajo un régimen de dependencia estricto.

En las galladas había propiedad individual y colectiva. La propiedad colectiva más valorada era la “camada”, que como cueva de ladrones permitía su refugio a la noche o los protegía cuando se escapaban de los enemigos (otras galladas o la policía). Era un lugar seguro que usaban como cuartel que protegía sus vidas y sus bienes valorados, y otras veces como santuario donde se guardaban y veneraban las imágenes de sus “dioses-santos” que los protegían de los ataques de sus enemigos y a quienes comúnmente alumbraban con veladoras encendidas. El cuidado de la camada como “bien sagrado” era una de las funciones más valoradas por el grupo y una falla en su cuidado que permitiera su destrucción era sancionada con la expulsión del grupo o con la pérdida de la propia vida de quienes tenían a cargo su cuidado.

La otra propiedad colectiva eran los bienes obtenidos de manera colectiva por varios miembros de la gallada a través del robo organizado. La propiedad individual, por el contrario, regía sobre los bienes obtenidos en momentos en que la gallada no estaba organizada, o cuando sus miembros deambulaban por las calles solos o en parejas y recaía generalmente sobre bienes de consumo inmediato. La reglamentación de la propiedad hacía parte de los códigos normativos que regían el funcionamiento del grupo de trabajo bajo la dependencia de un líder que los guiaba, controlaba y sancionaba, desde la

legitimidad que le daba el conocimiento de la zona, desde la destreza en el uso de las técnicas y de los instrumentos de acceso a los bienes ajenos y desde su funcionamiento justo en la aplicación del “pormis”.

El “pormis” o “ley sagrada” de la gallada era una institución que determinaba la forma de distribución de los bienes obtenidos colectivamente. Significaba “por mitad” y se aplicaba desde la pareja que actuaba aisladamente hasta las galladas más organizadas, donde lo obtenido se entregaba al jefe, quien de acuerdo a la calidad y costo de los objetos adquiridos en el robo daba puntos de ganancia y luego distribuía lo obtenido de acuerdo al grado de participación o a la posición que el miembro ocupaba en el grupo. “Todo lo que nos robamos lo vendemos y se lo damos al jefe, para que él reparta. El consigue clientes para que uno venda las cosas, y el sabe en cuánto se debe vender, y así uno tiene que responder” decía el Muñecop (12 años) El “pormis final” solía darse en dinero. Entre más organizada era una gallada más estrictas eran las normas que regulaban la entrega de los objetos robados y la distribución de las ganancias. Esta institución económica era el más claro indicio de su funcionamiento como grupo de dependencia. Regido por el “gran sacerdote” o jefe de la gallada, acompañado por sus lugartenientes mayores se realizaba bajo una ceremonia grupal de distribución equitativa al valor del bien que se hallaba relacionado con la audacia en la empresa del robo, solía ser encomendada por el jefe o sus lugartenientes. El incumplimiento de esta ley en el momento de la entrega y la distribución llevaba a sanciones de extrema gravedad que iban desde la expulsión hasta la disolución del grupo por cuanto era considerada una traición a la ley sagrada del grupo.

Las galladas organizadas funcionaban como grupo de trabajo que regulaba las relaciones hacia adentro bajo el supuesto básico de dependencia de un jefe que gobernaba de manera autoritariamente sagrada y las relaciones hacia afuera bajo el supuesto básico de lucha y fuga que ubicaba al líder como conocedor del terreno que aseguraba ganar la batalla, obtener un territorio que asegurara un adecuado nivel de supervivencia o huir eficazmente de la persecución de los enemigos (galladas y policías). La calle era su terreno de batalla, donde se probaba la calidad de la capacitación obtenida con ayuda del grupo y la fiereza en el ejercicio de sus funciones.

Supuesto básico de “patraña y engaño”

Los niños más pequeños, en grupos improvisados de dos o tres miembros, luchaba por su supervivencia en un medio que les era hostil y requería de muchas estrategias para lograr recursos. Una de las estrategias más usadas era la de “la patraña y el engaño”. Desde el momento en que se lanzaban por primera vez a la calle y alguien les

contaba que pedir limosna ayudaba a lograr algunas monedas para comprar algo o para ir a cine, el niño entraba al terreno de la “patraña y el engaño”. Entre mas dolorosa era la historia que se inventaba para acercarse a los adultos y pedirles limosna más eficiente se volvía su empresa. La calidad de la patraña que como escenario y drama, vestuario y parlamento, se le presentaba al posible donante definía la calidad de los beneficios obtenidos para el individuo y para el pequeño grupo. El uso de la orfandad y el desvalimiento del niño solo en la calle o en grupo de hermanos pequeños que, con lágrimas en los ojos pedían un poco de dinero para comprar pan y aplacar el hambre que los tenía medio muertos o poder coger el bus que los llevaba a su casa, le recordaba al donante aquellos niños perdidos en el bosque, abandonados por padres, empobrecidos y despiadados, que hacían parte de sus temores de infancia. Era este sentimiento inoculado desde fuera el que despertaba su propio sentimiento interior lo que los forzaba a dar algo para calmar sus temores y aplacar su conciencia de “ser caritativo”.

Igualmente el asalto a locales y viviendas se acompañaba de patrañas y engaños de los que dependía su entrada al castillo donde se hallaban los bienes valorados de los que esperaban apropiarse. De la misma manera en el encuentro fortuito con la autoridad, el salvarse dependía del buen uso de la patraña y el engaño para que los dejaran ir. La patraña y el engaño hacían parte de la entrada a la lucha, eran estrategias que permitían acceder al terreno donde se realizaría la batalla, que requería de poco entrenamiento bajo un régimen de dependencia.

La “patraña y el engaño” como supuesto básico adquiere la connotación de régimen político, que permite el acceso al poder sobre el otro mediante la seducción. El sentimiento de necesidad sin respuesta adecuada del posible oferente es el que da origen a su aparición. Es un sistema de organización que reglamenta la penetración inicial en el campo enemigo, es un nuevo supuesto básico grupal que abre la puerta al asalto, que permite la entrada al campo de batalla de la lucha y la salida sin peligro en el momento de la fuga. Es un supuesto básico que permite la entrada a la mente del otro para obtener de él lo que se desea, haciéndole sentir que es él mismo el que realiza una acción voluntaria. Es un medio de acceso al enemigo y al campo enemigo sin que éste se de cuenta de estar siendo utilizado. El asalto a las fortalezas, antes de emprender la lucha abierta requiere de “camuflaje”, de una apariencia aceptable para la cercanía sin que se genere sospecha, y requiere de patrañas y engaños. Es usado para engañar al otro y entrar suavemente a realizar el asalto. Los niños callejeros son expertos en “camuflaje”, tanto para la limosna como para el robo como para el trabajo.

Pero así como el necesitado usa la patraña y el engaño para obtener la ayuda de los donantes, estos los usan también con el

necesitado. Entregan basura o desperdicios en un acto que consideran generoso y ayudador, y fuerzan al receptáculo de su “caridad” a que se sienta agradecido con la basura recibida. El sentimiento de necesidad de dar para estar tranquilo crea el grupo caritativo que, desde una posición de dominación por la posesión de los recursos, se desprende de lo que le sobra para entregarlo a los necesitados y al hacerlo intenta y, a veces, logra crear el grupo de los agradecidos que no tienen en su mente la noción de derecho y en lugar de hacer exigencias agradecen como borregos la entrega de la basura ajena como si fuera un tesoro, porque su necesidad en eso la convierte.

Aunque el supuesto de lucha y fuga y el de patraña y engaño suele verse con mayor claridad en la relación con grupos enemigos también puede darse al interior del propio grupo, entre los de arriba y los de abajo, entre los poderosos y los desposeídos, entre los fuertes y los débiles, entre los valientes y los cobardes. De un lado está siempre el sentimiento de valioso donante y del otro el agradecimiento del necesitado que, en cualquier momento, se convierte en resentimiento y da paso al supuesto de lucha y fuga. Pero cuando la caridad y el agradecimiento se unen de manera estable se pasa entonces al supuesto básico de dependencia.

Supuesto básico de “jolgorio y convite”

Uno de los recuerdos del estudio sobre los niños callejeros que tengo más presentes son los recorridos por la ciudad en que los acompañábamos para poder observar su manera de vivir en la calle. Una de las actividades del día era la recolección de pedazos de papeles que encontraban en el suelo o que desprendían de los carteles de periódico pegados en las paredes, con el fin de preparar sus cobijas para abrigarse contra el frío de la noche. Otra era la recolección de comida para la noche. Ese trabajo arduo de papeles cuidadosamente recogidos, doblados y guardados bajo el brazo, o de paquetes de sobras de comida guardadas en periódicos, cambiaba de un momento a otro de destino. Los papeles se convertían en combustible para una gran candelada alrededor de la cual bailaban y saltaban como un grupo de brujas en aquelarre, con gritos de triunfo después de la batalla que se acompañaba de un convite en el que se comía vorazmente y se votaba la comida sobrante sin ninguna consideración a la escasez futura. Estos niños después de la quema de sus cobijas y del consumo desmedido de alimento pasaban una noche de hambre y frío.

Vista desde hoy esa observación me hace pensar en un nuevo supuesto básico que se da una vez que se cumple el asalto final al territorio enemigo y se ha ganado la batalla. El sentimiento que acompaña al grupo en ese momento es de gran alegría compartida no solo por ellos sino por los habitantes del territorio liberado. La desolación y terror de los antiguos dueños del territorio que huyen

despavoridos despiertan en el grupo vencedor la necesidad de venganza. En ese momento viene la fiesta y el jolgorio sobre el campo enemigo vencido. Se celebra el triunfo con acciones de destrucción y muerte que implican incendio y violación. Lejos de la ley divina del grupo de dependencia y del control del líder, los miembros del grupo celebran el triunfo bajo un estado de ánimo de triunfo destructivo. El resentimiento por la dominación del líder del grupo de dependencia también se hace sentir ahora sobre el enemigo que recibe muchos de los vejámenes que el líder les exigió como parte de su lealtad al grupo de pertenencia. En ese momento se instauro el triunfo del convite totémico. El enemigo, el poder, ha sido vencido. La lucha ha terminado, es el momento de la celebración. No importa el futuro. Eso se veía claramente entrada la noche cuando muchos de los niños se emborrachaban, no de alcohol, sino de boxer y se lanzaban hacia los peligros de la celebración desenfundada que los llevaba a entrar al terreno del peligro de la revancha que convierte el triunfo en derrota. Corrían alocadamente entre los carros sin consideración al peligro en que se encontraban sus vidas.

Las instituciones

El problema de los niños callejeros venía desde el siglo XIX y estuvo presente a lo largo del siglo XX en Bogotá. Las autoridades de la ciudad habían intentado darle solución a través de innumerables instituciones. Había centros que les ofrecía techo durante la noche, centros de recepción donde se los identificaba y se establecía contacto con sus familias para reintegrarlos, centros de observación donde se realizaban exámenes de diagnóstico con el fin de decidir si debían ir a instituciones de protección que funcionaban como replazo familiar y escolar o de rehabilitación en los que se les capacitaba en oficios para que se pudieran vincular al trabajo una vez que salieran de ellas. Estas instituciones estuvieron a cargo de damas caritativas y centros religiosos y de Bienestar Social del Distrito hasta 1970 cuando el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar asumió, como una de sus funciones principales, la protección y defensa de los niños en situación de riesgo.

Encontramos instituciones tipo internado donde había una programación estricta de actividades con horarios fijos, que funcionaban como los internados escolares con régimen militar bajo esquemas de corrección que aplicaban un control carcelario estricto con calabozos para los infractores. Allí se encontraban niños de larga experiencia callejera y delictiva con niños abandonados. Esto hacía que las instituciones fueran los lugares donde se establecían los primeros contactos para hacer y rehacer galladas callejeras. De allí se fugaban los niños para regresar a la calle o a sus casas o eran con frecuencia trasladados a otras instituciones. Esa movilidad aseguraba una

expansión de los vínculos grupales que aseguraban posteriormente la supervivencia en la calle.

La mayoría de los centros estaban a cargo de profesores que, como administradores o encargados de los niños, los regían bajo esquemas de corrección rígidos una vez y otras bajo esquemas más erráticos. Los profesores que los atendían durante el día eran diferentes de los de la noche. En las instituciones grandes se creaban subgrupos entre los internos que funcionaban igual que las galladas en la calle o en parejas que como compinches se enfrentaban a las normas de la institución y optaban por la fuga. La permanencia en la institución era siempre inestable, salvo para los llamados “maños de institución” que se volvían secuaces del grupo de profesores, que actuaban como espías y recibían beneficios por su lealtad a las directivas de la institución.

Estas instituciones funcionaban como grupos de supuesto básico de dependencia forzada donde se les ordenaba a los niños qué debían hacer, para qué, cómo, cuándo y dónde. Pero los subgrupos de internos, opuestos al encierro, funcionaban como grupos de supuesto básico en patraña y engaño o en lucha y fuga. En algunos casos, como en la Cárcel de la treinta, la institución estaba organizada para evitar la fuga con varias puertas metálicas que impedían el paso entre las distintas secciones de la misma. Funcionaban como grupo de trabajo forzado y la salida posible creaba sentimientos de recuperación de la libertad, de futuro deseado generaba un estado grupal cercano al apareamiento.

Cuando los niños ingresaban al grupo de internos por voluntad propia lo hacían bajo el supuesto básico de “patraña y engaño” y “jolgorio y convite”. Sabían que la institución les permitía salir de la escasez, recibir ropa nueva, cama para ellos solos, y una gran comilona. Se mostraban falsamente arrepentidos y manifestaban sus grandes deseos de convertirse en “niños buenos”. Sus conocidos y amigos los recibían con actitud de fiesta por el reencuentro. Situación que se mantenía a lo largo de la permanencia, siempre y cuando no infringieran las normas porque entonces recibían castigos ejemplares de aislamiento forzado con los que se alertaba a futuros infractores. Aburridos de la bonanza de alimento y techo, echaban de menos la libertad de la calle y decidían fugarse. Para regresar seguramente en época de Navidad cuando las instituciones mismas funcionaban bajo el supuesto básico de “jolgorio y convite”. Se les llenaba de regalos y comilonas, paseos y francachela. Esta era una de las épocas en que los niños callejeros recogían la gran cosecha en las instituciones, pero también el momento en que añoraban la familia y solían regresar a ellas con todos los beneficios del hijo pródigo que es recibido bajo el supuesto básico familiar de “jolgorio y convite” por su regreso, con la esperanza de su regreso a la dependencia familiar.

Por el contrario, cuando un niño se fugaba de la institución, sus amigos quedaban sumidos en la congoja y el aislamiento. Eso me hizo pensar que del supuesto básico de lucha y fuga, si se vence en la batalla se pasa al sentimiento de alegría que da paso al supuesto básico de jolgorio y convite, mientras que si se pierde la batalla, y surge el sentimiento de tristeza rápidamente se pasa al supuesto básico de congoja y aislamiento.

Las familias

Muchos de estos niños callejeros eran hijos de familias de inmigrantes rurales, desplazados de la violencia, que tenían dificultades económicas por carencia de empleo o falta de capacitación para los trabajos que generaban demanda. Estas familias vivían en inquilinatos donde era frecuente el hacinamiento. Las madres de origen rural señalaban la diferencia entre los hijos que habían sido criados en el campo que acompañaban a su padre al trabajo y aprendían un oficio a su lado y los hijos criados en la ciudad a quienes aunque los llevaran al trabajo en plazas de mercado, por ejemplo, se ubicaban más en el grupo de amigos y los padres perdían la autoridad sobre ellos. Cuando vivían en el campo la familia extensa de abuelos y tíos estaban cerca y apoyaban y protegían a toda la familia, mientras que al llegar a la ciudad encontraban un rechazo al pobre que estorba, al desempleado inútil, donde padecían escasez y no tenían familiares ni vecinos que los apoyaran sino vecinos con los que entraban en conflicto.

Cuando conseguían empleo, no podían llevar los hijos al trabajo y éstos se quedaban en el barrio o en el inquilinato y rápidamente, en compañía de otros niños, se iban a la calle, primero por pocos días y luego para quedarse allí, por tiempos largos. En el campo el trabajo como compañero del padre era una exigencia desde temprana edad mientras que en la ciudad la escuela solo los ocupaba medio día y el resto del tiempo lo pasaban en la calle con los amigos. Sus madres generalmente habían tenido varios maridos e hijos con cada uno de ellos, y siempre había un padrastro que realizaba las funciones de padre autoritario y maltratante que repercutía directamente en la fuga hacia la calle. Otras veces los niños, al margen del control adulto, comenzaban su socialización entre pares y no faltaba un miembro del grupo que hubiera tenido experiencia callejera y los entusiasmará con la posibilidad de vivir libremente en la calle.

Un período de observación directa entre familias de niños callejeros nos llevó a encontrar que estos niños no tenían ni suficiente ni adecuada vigilancia adulta, que sus padres solían hacerles demandas excesivas de trabajo para su escasa edad, que había amenazas constantes de castigos que no se cumplían, que la relación se establecía entre el castigo y el estado emocional de los padres y no entre la falta y el castigo. Evitar el encuentro con el adulto para evitar el castigo, huir

de ellos, así como utilizar patrañas y engaños para evitar el castigo era otro de los comportamientos frecuentes entre los niños dentro del grupo familiar. Esto era otro de los factores que expulsaban a los niños de sus casas.

Si consideramos la descripción que Meltzer y Harris (1986) hicieron sobre el funcionamiento familiar es claro que en estas familias se generaban atmósferas persecutorias donde predominaban órdenes, amenazas y castigos bajo relaciones cargadas de hostilidad y odio, lo que hacía que los niños aprovecharan la ausencia de los padres para alejarse de sus lineamientos o predicamentos autoritarios y se fugaran de sus casas para evitar esas atmósferas que implantaban regímenes de terror. Los niños solos o en grupo se fugaban de la casa porque la familia dejaba de ser un grupo de trabajo y se convertía en un escenario donde se fomentaba el odio y la hostilidad bajo el supuesto de ataque y fuga.

Solo cuando los niños lo pasaban mal en las instituciones o en la calle, la casa y la familia se echaba de menos y surgían como necesidad y deseo. Reaparecía el supuesto de apareamiento bajo la esperanza de regresar a la casa y ser bien recibidos, cosa que en realidad sucedía. Al llegar se encontraban con el jolgorio y convite y los padres y los niños callejeros se olvidaban de los sufrimientos y se entrelazaban en un abrazo de alegría. Esta condición se acababa pronto y el regreso al maltrato los sumía de nuevo en lucha y fuga. Así los niños iban de una situación a otra y en cada una se movían consecutivamente entre los distintos supuestos básicos.

No quisiera terminar sin llamarles la atención sobre el paralelo que puede hacerse entre el funcionar de los niños callejeros en supuestos básicos de “patraña y engaño” o “jolgorio y convite” con lo que sucede en las relaciones entre los países ricos y países pobres en el mundo. Aquellos momentos en que los países pobres reciben los aviones viejos de los países ricos, y se sienten agradecidos con su generosidad, o se vinculan a programas de cooperación donde salen favorecidos con dineros que luego se usan para comprar maquinaria obsoleta del país rico donante pero que es innovadora en el país pobre se perpetúa el esquema de “patraña y engaño” alrededor del esquema caritativo de la cooperación internacional. Situación que no se aleja estructuralmente de la del arroz inflado que recibían los niños callejeros. La entrada de los aliados a París, con el jolgorio y convite callejeros, y los “maravillosos” efectos del plan Marshal que permitió la recuperación de Europa, o la entrada de Estados Unidos a Bagdad, con el jolgorio y convite callejero que poco a poco ha ido dando paso al odio y la hostilidad mutuas entre los “salvadores” convertidos ahora en “invasores” y los “salvados” convertidos en “terroristas”, no se aleja como realidad protomental, del regreso del “hijo pródigo” callejero que poco a poco se convierte en el mal hijo al que hay que castigar y que finalmente se aleja del maltrato convirtiéndose en el “hijo fugitivo”.

Para terminar quisiera retomar la idea de Bion de que son los sentimientos del grupo los que dan origen a los supuestos básicos y no a la inversa. Son los sentimientos de inseguridad, peligro, miedo terror, desesperación, escasez en los miembros del grupo de trabajo que no logran solucionar los problemas que tienen entre manos los que dan origen a los supuestos básico de dependencia, lucha y fuga y apareamiento, jolgorio y convite, congoja y aislamiento y patraña y engaño. Cuando surge el de lucha y fuga es porque predomina la aparición del grupo enemigo que despierta todo el odio y la hostilidad, contra el cual hay que luchar o del cual hay de huir. Si el líder mediante sus acciones saca al grupo de la situación peligrosa frente al enemigo, le da seguridad al grupo y se pasa entonces a sacralizar al líder salvador y se instaura el supuesto básico de dependencia . Si el sentimiento que predomina es el de alegría por el triunfo sobre el enemigo, por haber ganado la batalla o por el retorno y el reencuentro con el amigo se da origen al supuesto básico de jolgorio y convite y si pierde y se llena de sentimiento de tristeza y fracaso da origen al de congoja y aislamiento. Cuando predomina el sentimiento de necesidad, de insatisfacción por no poder acceder a los medios que permiten satisfacer la necesidad, o resolver el problema, cuando hay alguien que los tiene y no los entrega al que los desea, se da origen al supuesto básico de patraña y engaño. Estos supuestos básicos no son simultáneos, son pasos consecutivos del funcionamiento del grupo que se instauran a partir de sentimientos que se originan como consecuencia de logros o fallas o frustraciones en el funcionamiento grupal.

Es el líder paranoico del grupo de lucha y fuga el que permite definir al enemigo, emprender la batalla, ganarla, perderla o huir de ella. Es el padre sagrado y consagrado del grupo de dependencia el que da origen a sentimientos de seguridad pero también es el que a la larga genera resentimiento, envidia y deseo de derrocarlo y remplazarlo. Es el salvador que está por llegar o la idea mesiánica del grupo de apareamiento la que con sus expectativas esperanzadoras alivia al grupo de sus frustraciones pero que si logra llegar a lo esperado lo deja en la estacada o da origen a un nuevo estado de dependencia. Es el líder engañoso que elabora patrañas y engaños el que permite al grupo obtener los recursos de los que carece o entrar al campo enemigo para realizar una lucha o una huida victoriosa. Es el líder ausente en el momento del triunfo o de la derrota el que permite que el grupo caiga de manera desenfrenada y voraz y lleno de odio sobre la abundancia del enemigo, y entre en el jolgorio y convite de destrucción o el que lleno de amor y alegría celebra con el grupo el jolgorio y convite de la recuperación de los bienes o los seres temporalmente perdidos.

Tal vez si nos acercamos a nuevos campos de observación de grupos en acción descubramos nuevos supuestos básicos que acompañen al grupo de trabajo o que en su calidad protomental de

supuesto básico no activo generen perturbaciones psicosomáticas, psicosociales o psicoculturales que aun no han sido suficientemente estudiadas desde el marco teórico psicoanalítico.

Bibliografía

Bion, W.R. (1961) *Experiencias en grupos*. Barcelona, Paidós, 1990.

(1992) *Cogitaciones*. Valencia, Promolibro, 1996.

Harris, M y Meltzer D. (1986) *Familia y comunidad*. Buenos Aires, Spatia editorial, 1990.

Klein, M. (1946) Notas sobre algunos mecanismo esquizoides. *Obras completas. Envidia y gratitud y otros trabajos*. Vol. 3. Barcelona-Buenos Aires-México, Paidós, 2001.

Muñoz, C. y Pachón X (1980) *Gamines-Testimonios*. Bogotá, Carlos Valencia Editores.